

Homilía en el Jubileo de los Laicos Domingo XV del tiempo ordinario – Ciclo C Fiesta de San Luis y Santa Celia, esposos y padres

Queridos hermanos y hermanas laicos, en este domingo en que celebramos su jubileo en el marco del Año Jubilar, y unidos a la memoria de los santos esposos Luis Martín y Celia Guerin, padres de santa Teresita del Niño Jesús, queremos dar gracias a Dios por el don de su vocación laical. Ustedes son la Iglesia viva en el corazón del mundo. Su vida familiar, laboral, social y comunitaria es el lugar donde el Evangelio se hace carne, donde la esperanza se siembra y florece.

Las lecturas que hemos escuchado nos ofrecen iluminaciones para comprender el sentido de su vocación y misión. En la primera lectura (Dt 30,10-14), Moisés recuerda al pueblo que la Palabra de Dios no es algo lejano ni inalcanzable. Está cerca, en el corazón y en los labios, para que sea vivida. Este pasaje subraya que la voluntad de Dios no es misteriosa ni inaccesible: Él ha sembrado su ley en lo más íntimo de nuestro ser. Así, la obediencia a Dios no es una carga sino una posibilidad concreta y liberadora, que está al alcance de quien escucha con amor y actúa con fidelidad.

El salmo (Sal 69(68)) que hemos proclamado es un canto de esperanza en medio de las pruebas, un clamor desde la tribulación, un grito confiado de quien sufre por causa del Señor. El salmista suplica auxilio, pero al mismo tiempo alaba a Dios con esperanza. En medio del dolor, sabe que Dios no desprecia al pobre ni olvida al cautivo. Este salmo nos enseña a orar desde la vulnerabilidad como muchas familias hoy: padres agotados, jóvenes desorientados, hogares heridos, y a confiar en que, aun en las pruebas, la fidelidad de Dios permanece inquebrantable.

San Pablo (Col 1,15-20) presenta a Cristo como imagen del Dios invisible y principio de toda la creación. Todo fue hecho por Él y para Él, y en Él todo encuentra su plenitud y reconciliación. Este himno cristológico nos invita a centrar nuestra fe y nuestra vida en Cristo, fundamento de la paz y cabeza del cuerpo que es la Iglesia. Él es el rostro de la misericordia del Padre y el reconciliador del universo por medio de su cruz.

La parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37) rompe todos los esquemas religiosos y culturales. Jesús enseña que la verdadera fidelidad a Dios se traduce en misericordia concreta hacia el necesitado, más allá de credos, razas o prejuicios. El prójimo no es solo quien comparte mi fe o mi cultura, sino todo ser humano herido en el camino de la vida, no es una teoría, es un rostro. Esta página del Evangelio es una llamada urgente a dejar de preguntar “¿quién es mi prójimo?” para empezar a actuar como prójimos de los demás.

Nos ilumina también el testimonio de los santos patronos de los laicos a vivir una santidad en la vida ordinaria. Luis y Celia no fueron misioneros, mártires ni fundadores. Fueron esposos, padres, trabajadores: él, relojero y ella, encajera. Vivieron su santidad en lo cotidiano, en el amor conyugal y en la educación cristiana de sus hijos. Este es un mensaje clave para los laicos: la santidad no exige salir del mundo, sino vivir en él con fe, esperanza y caridad.

Vivían una fe arraigada en la oración familiar, la participación en la vida parroquial y la confianza en la Providencia. La familia era su “iglesia doméstica”. Su hogar fue una escuela de amor y de fe. Tuvieron nueve hijos, cuatro de los cuales murieron pequeños. Criaron con ternura y firmeza a cinco hijas, todas religiosas. De ahí surgió santa Teresita, fruto de una vida familiar vivida según el Evangelio. Hoy nuestras familias también pueden ser semilleros de vocaciones y de santidad.

Una vida marcada por el sufrimiento asumido con fe. Ambos enfrentaron la muerte de hijos, enfermedades, dificultades económicas. Celia murió joven, a los 45 años; Luis sufrió una dolorosa enfermedad en sus últimos años. Pero nunca perdieron la fe ni el amor. Vivieron el dolor como ofrenda a Dios. Nos enseñan que el dolor, asumido en Cristo, no destruye la esperanza. Nos muestran cómo vivir la cruz en familia, sin amargura, con paz y entrega.

Su santidad no fue individualista, fue compartida. Se acompañaron, se animaron mutuamente, se respetaron y amaron profundamente. Su matrimonio fue un verdadero camino de santidad. Fueron canonizados juntos en 2015, como esposos y padres. Hoy, que tantas veces se desvaloriza el matrimonio, Luis y Celia son un testimonio luminoso: el amor fiel, abierto a la vida, vivido con Dios, es un camino de plenitud.

Ambos participaron activamente en la vida de la Iglesia, en la comunidad local, con sensibilidad por los pobres y una fe viva. No fueron pasivos ni ajenos a los demás. Su vida es un ejemplo de laicado comprometido y encarnado en la realidad. Luis y Celia no huyeron del mundo, lo evangelizaron con su vida.

No fueron santos por hacer cosas extraordinarias, sino por vivir con amor lo ordinario: el trabajo cotidiano, la vida de familia, el cuidado de los hijos, la oración sencilla. Ustedes también, como laicos, están llamados a descubrir que la santidad no es para unos pocos, sino para todos. Está al alcance de quien escucha con fe y vive con amor.

Reconozcamos que la vocación del laico nace del bautismo y se fundamenta en la común dignidad cristiana. No es una vocación de “segunda categoría”, sino un llamado pleno a la santidad en medio del mundo. Cada laico está llamado a ser sal y luz donde vive, trabaja, sufre y ama. Como decía el Concilio Vaticano II: “Todos los fieles de cualquier estado o régimen de vida están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad.” (LG 40)

La espiritualidad laical no se vive al margen de la realidad, sino en el corazón del mundo. Es una espiritualidad del hogar, del trabajo, del compromiso ciudadano, de la amistad, del descanso. El laico se santifica en lo cotidiano, en la fidelidad y el amor con que vive su vocación propia. Bien decía el Papa Juan Pablo II: “Los laicos tienen como propia e insustituible la tarea de ordenar las realidades temporales según Dios.” (Christifideles Laici 15)

Para muchos laicos, la familia es el lugar privilegiado donde se vive y transmite la fe. El matrimonio y la vida familiar son caminos de santidad y evangelización. La espiritualidad

conyugal y familiar está basada en la entrega mutua, la apertura a la vida y la transmisión del amor de Dios. “La familia es el ámbito propio de la santificación de los esposos” (Familiaris Consortio 56), como decía el papa Juan Pablo II, es el primer lugar de misión.

Los laicos no están al margen de la Iglesia: son el cuerpo vivo que transforma el mundo desde dentro, insertos en las realidades sociales, políticas, económicas y culturales. El laico tiene una misión insustituible: transformar las estructuras del mundo desde dentro con la luz del Evangelio. Su lugar está en la política, la educación, la economía, la ciencia, los medios... siendo allí levadura del Reino. No se trata solo de “hacer cosas en la parroquia”, sino de vivir el Evangelio en todos los ámbitos. La sociedad, el mundo, es el lugar teológico para los laicos, el ámbito donde se encuentran con Dios. Su vocación bautismal los compromete a ser fermento del Evangelio donde Dios los ha puesto.

Ser laico hoy significa no pasar de largo ante el dolor humano. En familia, en el barrio, en la comunidad, ustedes, queridos laicos, están llamados a hacer presente el amor de Cristo en cada herida humana que encuentran. El prójimo no es una idea, es el rostro concreto del que sufre y necesita una mano tendida. Eso es lo que el mundo necesita: laicos con un corazón abierto, que no pasen de largo ante el dolor, que se acerquen, que vendan las heridas, que amen sin medida.

La vocación laical se vive en comunión con los pastores y con toda la Iglesia, pero los laicos no son solo “colaboradores” del clero: son corresponsables de la misión eclesial. Su lugar no es solo en la banca del templo o en un servicio puntual, sino como protagonistas en la planificación, discernimiento y acción pastoral. Ustedes laicos, evangelizan con su vida, su testimonio, su palabra y su servicio. En este tiempo, se pide un laicado valiente, profético, en salida. Así les pedía el Papa Francisco: “No esperen a que los llamen: vayan ustedes, con la fuerza del Espíritu.” (A los laicos, 2018)

Queridos laicos, reconozcan con gratitud su vocación. No tengan miedo de vivirla a fondo. Sean esposos santos, padres comprometidos, trabajadores íntegros, ciudadanos responsables, testigos del Reino en medio de la sociedad. Cristo quiere reinar en la familia, en el trabajo, en la cultura, en la política, en los medios de comunicación... y lo quiere hacer a través de ustedes. La Iglesia los necesita. Y el mundo también. La vocación laical es esperanza para el mundo.

Su vocación es hermosa y urgente. Hoy el mundo necesita familias como la de Luis y Celia, que enseñen a amar; necesita trabajadores justos, ciudadanos responsables, voluntarios generosos, evangelizadores en lo cotidiano. La Iglesia necesita su testimonio de esperanza, su compromiso con el bien común, su fe vivida en lo concreto.

En este jubileo, renovemos juntos la vocación recibida: ustedes, como laicos, con su entrega generosa; nosotros, como pastores, acompañándolos con cercanía y gratitud, en sinodalidad, como Iglesia de Cristo.

Que resuene siempre en nosotros la voz de Jesús ante la parábola del buen samaritano: “Vayan ustedes y hagan lo mismo”. Amén.

Oración por los laicos en la diócesis de Alajuela en el Jubileo

Señor Jesús,
te damos gracias por los laicos de nuestra diócesis de Alajuela:
hombres y mujeres, jóvenes y adultos,
que día a día viven su fe con sencillez y entrega
en sus hogares, trabajos, comunidades y parroquias.

Tú que llamaste a tus discípulos en medio de la vida cotidiana,
bendice a quienes, en medio de este mundo,
anuncian con su testimonio tu Evangelio de esperanza.

Haz que nuestras familias sean santuarios del amor,
que los jóvenes encuentren en Ti su camino,
que los trabajadores actúen con justicia,
que los ancianos compartan su sabiduría
y que todos, como Iglesia en salida,
seamos fermento de fraternidad en nuestra diócesis.

Que el ejemplo de san Luis y santa Celia,
santos esposos y padres,
anime a los laicos a vivir su vocación bautismal
con alegría, valentía y fidelidad.

María, Madre de la Esperanza, nuestra Señora del Pilar,
camina con nosotros y ayúdanos a hacer de Alajuela
una diócesis misionera, fraterna y servidora del Reino.

Amén.